

pos no pueda decirse que forma verdadero ejército, sin embargo, cada soldado puede aprender lo que á él especialmente le atañe, porque en los ejércitos hay dos clases de maniobras, las que deben hacer los soldados en cada batallón y las de los batallones cuando forman parte del ejército. Los hombres que saben hacer las primeras, con facilidad ejecutan las segundas; pero sin conocer prácticamente aquéllas, jamás se llega á comprender éstas.

Cada batallón puede aprender sólo á mantenerse ordenado en cualquier clase de movimiento ó de terreno, y después á formar en batalla, á distinguir los toques de mando de las trompetas durante el combate, como los galeotes el silbido, conociendo por estos sonidos cuándo debe detenerse ó avanzar ó retroceder, ó el punto á donde han de dirigir las armas y la vista. Sabiendo, pues, mantener la formación de modo que ni el sitio ni los movimientos la descompongan, comprendiendo bien las órdenes del jefe por los toques de mando de las trompetas, y adiestrado para ocupar con rapidez cada cual su puesto, fácilmente aprende cada batallón, cuando se une á otros, las maniobras propias de un ejército.

No carecen de importancia estas prácticas de conjunto y deben reunirse los batallones de cada brigada una ó dos veces al año en tiempo de paz, para que, formando un pequeño ejército completo, practique operaciones durante algunos días como si fuera á dar una batalla, poniendo el frente, los flancos y la reserva en los sitios correspondientes.

Como un general dispone su ejército para combatir con el enemigo que ve, ó con el que, sin verlo, sospecha ó supone inmediato, conviene que el ejército practique las operaciones necesarias en uno ú otro caso é instruirlo de modo que pueda caminar y combatir al mis-

mo tiempo, si la necesidad obliga á ello y sepan los soldados lo que deben hacer cuando son atacados por cualquiera de los flancos.

Para instruir al soldado contra el enemigo visible hay que enseñarle cómo se empeña el combate, dónde ha de retirarse si es rechazado, quién le reemplaza en su puesto, á qué señales, á qué toques y á qué voces debe obedecer, y habituarle de tal modo á los combates y batallas simuladas, que desee los verdaderos, porque los ejércitos no son valerosos por formarse de hombres bravos, sino por estar bien organizados y disciplinados. Si yo combato en primera fila y sé donde he de retirarme al ser rechazado y quién ha de reemplazarme, combatiré con el aliento y la confianza de quien tiene el auxilio inmediato. Si peleo en las segundas filas, no me asustará que rechacen á las primeras, porque ya sé lo que puede suceder y hasta habré deseado ser yo quien dé la victoria á mi señor y no los que están delante de mí.

Estos ejercicios son indispensables donde se forma un ejército nuevo, y convenientes donde es de veteranos. Los romanos, aprendían desde niños las maniobras militares y, á pesar de ello, sus generales las hacían repetir de continuo al ejército, antes de emprender campañas. Josefo dice en su historia que por los continuos ejercicios de las tropas romanas, la turba de gente que sigue á los ejércitos en campaña para buscar ganancias, era útil en los días de batalla, porque todos sabían maniobrar y combatir.

En los ejércitos de tropas bisoñas formados para entrar inmediatamente en campaña ó en las milicias organizadas para tener ejército cuando sea necesario, cuanto se haya hecho será infructuoso sin estas prácticas de maniobras, primero por batallones y después por todo el ejército; pues siendo indispensable la instrucción militar, precisa redoblar el cuidado y los es-

fuerzos para dársela á los que no la tienen y procurar no la clviden los que la saben; doble objeto por el cual han trabajado con empeño muchos excelentes capitanes.

*Cosme.*—Creo que estas consideraciones os han alejado algo del asunto, pues sin decir el modo de ejercitarse los batallones nos habláis ya de ejércitos completos y de batallas.

*Fabricio.*—Tenéis razón, pero ha sido por lo mucho que estimo la antigua disciplina, y el dolor que me causa verla hoy desdeñada. Vuelvo á mi asunto.

Lo más importante en el ejercicio por batallones es saber conservar la formación, para lo cual es preciso ejercitarlos en la maniobra llamada de caracol. Ya he dicho que cada batallón debe tener cuatrocientos soldados de armas pesadas, y me atenderé á este número. Deben dividirse en ochenta filas, de cinco cada una. Después, andando despacio ó de prisa, mandaré reunir las ó separarlas sin producir confusión; cosa más fácil de explicar con hechos que con palabras; pero no es absolutamente necesario, porque cualquiera práctico en ejercicios sabe que esta maniobra tiene por único objeto habituar á los soldados á estar en filas.

Veamos ahora cómo el batallón se forma en batalla. Se puede proceder de tres maneras: la primera y más útil es la organización maciza, formando dos cuadros; la segunda consiste en formar el cuadro con dos cuernos en el frente; la tercera es formarle con un espacio vacío en el centro, al que llaman *plaza*.

La primera formación puede realizarse de dos modos: una doblando las filas, es decir, que la segunda entre en la primera, la cuarta en la tercera, la sexta en la quinta, y así sucesivamente, de modo que las ochenta filas de á cinco soldados se conviertan en cuarenta de á diez. Después vuelven á doblarse de igual modo,

uniéndose una fila á otra, y quedarán veinte de á veinte hombres cada una. De este modo el batallón resulta formado casi en dos cuadros, pues, si bien hay el mismo número de hombres por cada uno de los lados, sin embargo, por el frente los soldados están codo con codo; pero por los flancos hay entre ellos una distancia al menos de dos *brazos*, de modo que el cuadro es mucho más largo de frente á retaguardia que de un flanco al otro.

Como he de nombrar muchas veces las diferentes partes del batallón y del ejército entero, entiéndase que cuando diga la cabeza ó el frente, me refiero á la parte de delante; cuando nombre la espalda ó cola, es la parte de atrás, y que los flancos son los costados.

Los cincuenta vélites del batallón no se mezclan en sus filas, sino, formado éste, se reparten por los flancos.

He aquí la otra manera de formarlo en batalla. Siendo mejor que la primera, deseo presentar con toda claridad cómo debe ordenarse. Supongo recordaréis el número de soldados, jefes y clase de armas que tiene el batallón. La formación será, como dije, de veinte filas á veinte soldados cada una; cinco filas de picas al frente y quince de los armados con escudos detrás; dos centuriones á la cabeza y otros dos á la cola, quienes harán el oficio de los que llamaban los romanos *tergiductores*. El condestable ó jefe del batallón estará con la bandera y las trompetas en el espacio que media entre las cinco filas de las picas y las quince de los escudados. Los decuriones, uno á los flancos de cada fila, de modo que cada cual tenga á su lado los hombres que manda; los que vayan á la izquierda los diez hombres de la derecha y los que estén á la derecha los diez de la izquierda. Los cincuenta vélites irán á los flancos y á retaguardia del batallón.

Para que un batallón en marcha se forme de esta

manera, hay que hacer lo siguiente: Dispuestos los soldados en ochenta filas de á cinco hombres cada una, como antes he dicho, dejando los vélites ó á la cabeza, ó á la cola, con tal que estén fuera de formación, debe ordenarse que cada centurión vaya al frente de veinte filas, las cinco primeras ó *inmediatas* á él de piqueros, y las demás de escudados. El sitio del condestable con la trompeta y la bandera es el espacio que media entre los piqueros y los escudados del segundo centurión, y ocupan el lugar de tres escudados; veinte decuriones irán á los flancos de las filas del primer centurión, á la izquierda, y otros veinte á los flancos de las filas del segundo centurión, á la derecha. Los decuriones que mandan piqueros deben llevar picas, y los que mandan escudados, escudos. Puestas en este orden las filas, si, caminando, se quiere desplegar la fuerza en batalla para hacer frente al enemigo, debes mandar parar al primer centurión con las primeras veinte filas; el segundo centurión continuará marchando, inclinándose á la derecha, por el flanco de las filas paradas hasta alinearse con el primero, y entonces también se parará; el tercer centurión seguirá marchando y girando á mano derecha por el flanco de las filas paradas hasta hacer lo mismo que el segundo; igual operación y del mismo modo ejecutará el cuarto centurión. Inmediatamente después dos centuriones salen del frente y se colocan á retaguardia del batallón, quedando éste formado en el orden de batalla que demostré hace poco. Los vélites se distribuyen por los flancos, como dijimos al explicar la primera formación, llamada redoblar por línea recta, mientras á ésta se la llama redoblar por flanco; aquélla es más fácil, ésta más ordenada, más segura, y se puede adaptar mejor á las circunstancias. En la primera hay que obedecer al número, porque cinco hacen diez; diez, veinte; veinte, cuarenta, y al redoblar las

filas por derecho no podéis formar un frente de quince, ni de venticinco, ni de treinta, ni de treinta y cinco, siendo preciso atenerse al número que al doblar la fila resulta, y como muchas veces ocurre que en una acción conviene presentar un frente de seiscientos ú ochocientos hombres, el redoblar por línea recta en este caso desordenaría las filas. Por eso me gusta más la segunda formación, cuyas dificultades deben superarse con ejercicios prácticos.



Contraseñados así los hombres y acostumbrados á ocupar siempre el mismo sitio, por grande que fuese el desorden, fácil era restablecer la formación pues, situada la bandera, los centuriones y decuriones sabían á la vista cuál era su sitio, y reuniéndose los de la izquierda á la izquierda y los de la derecha á la derecha en la acostumbrada distancia, los soldados, guiados por la práctica y por la diferencia de las contraseñas, ocuparían inmediatamente su sitio propio, de igual modo que si os dan las duelas de un barril numeradas, con suma facilidad las colocáis, lo cual es imposible si no tienen ninguna señal.

Tales cosas con diligencia y ejercicio se enseñan pronto, y pronto se aprenden, y, aprendidas, con dificultad se olvidan, porque á los reclutas les guían los veteranos, y al cabo de algún tiempo, con tales ejercicios, llega á ser un pueblo muy experto en las maniobras militares.

Es preciso enseñar también á los soldados á volverse á la vez y convertir, cuando la ocasión lo exija, los flancos ó la retaguardia en frente, y éste en flanco ó retaguardia; cosa facilísima, porque basta que cada soldado vuelva el cuerpo en la dirección que se le ordene, y hacia donde tenga el rostro estará el frente.

Debe tenerse en cuenta que, al volverse de flanco, las distancias cambian de proporción, porque son mayores de fila á fila que de hombre á hombre en cada una de ellas, lo cual es un defecto en la formación ordinaria del batallón. En tales casos, la propia discreción y la práctica hacen estrechar las filas, remediando este pequeño inconveniente. Más importante es y mayor práctica exige hacer á todo un batallón que vuelva como si fuera un cuerpo sólido; lo que no se consigue sin mucha costumbre y habilidad. Para volver, por ejemplo, sobre el flanco izquierdo, es preciso que se paren los colocados á la extrema izquierda, y que los inme-

diatos marchen tan despacio que no necesiten correr los que están en la extrema derecha; sin tal precaución, se desordenan las filas.

Como siempre ocurre, cuando está en marcha un ejército, que los batallones que no van al frente tienen que combatir por el flanco ó por la retaguardia, convirtiendo de pronto aquél ó ésta en frente, para que, al hacer esta maniobra, conserve el batallón el orden de batalla que hemos establecido, preciso le es tener los piqueros en el flanco que convierta en frente, y los decuriones, centuriones y el condestable, en sus acostumbrados puestos. Para lograr esto, es preciso, al formar las ochenta filas de á cinco hombres, poner todas las picas en las veinte primeras filas, y cinco decuriones en la primera y cinco en la última. Las sesenta filas que quedan á la espalda, son de escudados y forman tres centurias. La primera y última fila de cada una de ellas debe ser también de decuriones. El condestable, con la bandera y las trompetas, se situará en medio de la primera centuria de escudados, y los centuriones á la cabeza de cada centuria.

En tal situación, si queréis poner las picas en el flanco izquierdo, dobláis las centurias por el flanco derecho; y si deseáis que los piqueros estén en el derecho, las dobláis por el izquierdo. De esta suerte el batallón vuelve con todas las picas sobre un flanco con los decuriones al frente, la retaguardia con los centuriones á la cabeza, y el condestable en medio. Así sigue avanzando, y cuando el enemigo se presenta y conviene convertir el flanco en frente, basta que los soldados se vuelvan de cara al flanco donde están las picas, y el batallón se encuentra entonces en el orden de batalla antes explicado; porque, á excepción de los centuriones, todos están en su puesto, y los centuriones inmediatamente y sin dificultad se colocan en los suyos.



y en cada cual de ellas tres escudados á la izquierda y dos picas á la derecha; tras de las cinco primeras filas habrá veinte decuriones entre las picas y los escudos, y después de todas ellas estará el cuarto centurión.

Cuando, así ordenado el batallón, se le quiere formar con dos cuernos, se manda parar al primer centurión con las veinticinco filas que le siguen, y adelantarse al segundo centurión con sus quince filas de escudados que están á la espalda de aquéllas, inclinándose á la derecha y marchando por el flanco derecho de las veinticinco filas hasta llegar á la altura de la quince, y allí se para. En seguida avanza el condestable con las quince filas de escudados que le siguen, é inclinándose también á la derecha sube por el flanco derecho de las anteriores quince filas hasta colocarse á su altura, y allí se detiene. Continúa el movimiento el tercer centurión con las veinticinco filas últimas, y el cuarto centurión que va tras ellas, é inclinándose también á la derecha, marcha por el flanco derecho de las quince últimas filas de los escudados, sin detenerse hasta que, con la última fila de éstos, alinea la última de los que él manda. Hecho esto, el centurión jefe de las primeras quince filas de escudados, deja su puesto y se coloca en el ángulo izquierdo del batallón.

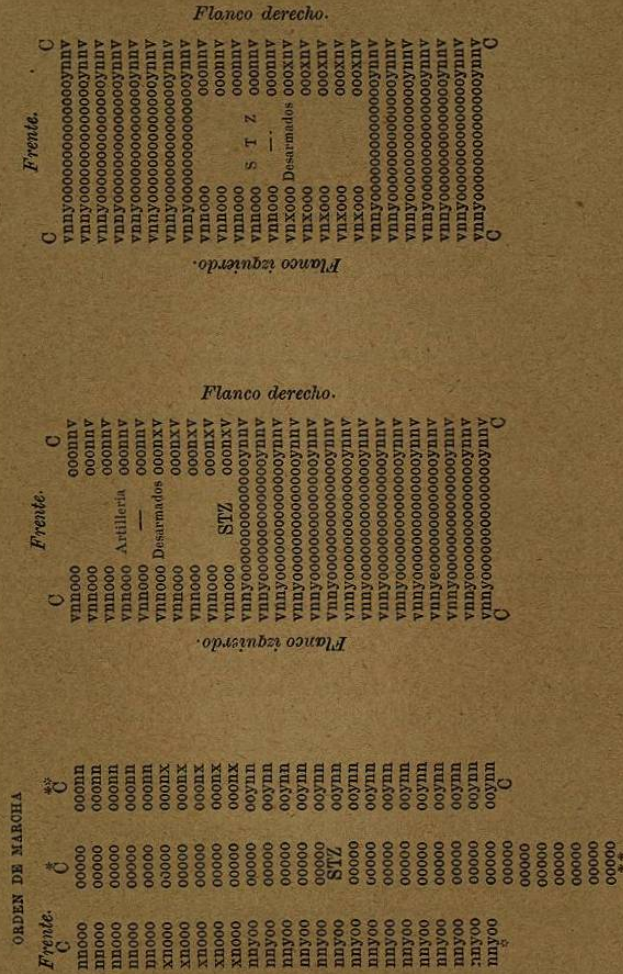
De tal modo queda formado un batallón de veinticinco filas de altura á veinte soldados por fila, con dos cuernos, uno á cada lado del frente, cada uno de los cuales tendrá diez filas de á cinco hombres, quedando entre los dos cuernos un espacio suficiente para que quepan diez hombres que pasen de un flanco al otro. Entre los cuernos se situará el jefe, y en el extremo de cada uno de ellos un centurión, y otro en cada uno de los dos ángulos de la retaguardia, y en los flancos dos filas de piqueros y veinte decuriones.

Sirven los dos cuernos para situar entre ellos la arti-

llería, si el batallón la llevara, y los carros. Los vélites se distribuyen por los flancos al lado de los piqueros.

Para convertir el batallón con cuernos en batallón con plaza, basta tomar ocho de las quince filas de á veinte soldados, y alinearlas con los extremos de los dos cuernos, formando así la espalda de la plaza. En ésta se sitúan los carros, el jefe y la bandera; pero no la artillería, la cual se coloca al frente ó á lo largo de los flancos. Estas son las dos formas de organizar un batallón cuando tiene que pasar sólo por sitios sospechosos. Sin embargo, la formación sin cuernos y sin plaza, es la mejor; salvo el caso de necesitar poner á cubierto hombres desarmados, pues entonces la con cuernos es necesaria.

FIGURA 3.<sup>a</sup>—Modo de formar un batallón con dos cuernos, y con plaza en medio.



Los suizos organizan los batallones de otros diversos modos, entre ellos uno en forma de cruz, porque en el espacio entre los brazos de ésta, resguardan á sus arcabuceros de las acometidas del enemigo. Pero como dicha organización sólo es buena cuando ha de batirse un batallón aisladamente, y mi propósito es demostrar cómo deben combatir varios batallones reunidos, no me entretendré en explicarla.

*Cosme.*—Creo haber comprendido bien la manera de ejercitar á los soldados en los batallones; pero, si no recuerdo mal, dijisteis que, además de los diez batallones, tendría vuestra brigada mil picas extraordinarias y quinientos vélites también extraordinarios. ¿No queréis describir y ejercitar esta fuerza?

*Fabricio.*—Sin duda y con el mayor cuidado. Ejercitaré á los piqueros, á lo menos, compañía por compañía, en la misma forma que los batallones y como los que hay en éstos; pues de las picas extraordinarias me he de servir, más que de los batallones, en detalles de la guerra, como formar escoltas, merodear en el país enemigo y otras operaciones semejantes. A los vélites les ejercitaré sin reunirlos ni sacarlos de sus domicilios, porque, destinados á combatir individualmente, no es indispensable unirlos á las demás tropas para ejercicios comunes; basta que se instruyan bien en el combate individual.

Es, pues, necesario, aunque sea fastidioso repetirlo tantas veces, ejercitar á los soldados en los batallones de modo que sepan mantener la formación, saber el puesto que ocupa cada uno, reorganizarse rápidamente cuando el enemigo ó las desigualdades del terreno los desordenan pues, sabiendo hacer esto, es cosa fácil aprender el puesto que corresponde al batallón en una batalla y el papel que ha de desempeñar en el ejército.

El príncipe ó la república que cuidadosamente pro-



cure mantener esta organización y practicar estos ejercicios, tendrá siempre en sus Estados buenos soldados, superiores á los de los Estados vecinos, y estarán, por tanto, en el caso de imponer y no recibir la ley de los demás. Pero, como os he dicho, el desorden en que se vive ocasiona no apreciar estas cosas. Por ello nuestros ejércitos no son buenos, y aunque hubiera algunos jefes ó soldados naturalmente valerosos, no lo pueden demostrar.

*Cosme.*—¿Qué equipajes debe llevar, en vuestra opinión, cada uno de estos batallones?

*Fabricio.*—En primer lugar no creo que los centuriones ni los decuriones deban ir á caballo, y si el condesable deseaba cabalgar, le daría un mulo y no un caballo. Permitiría dos furgones, uno á cada centurión y otro para cada tres decuriones, porque, como diré oportunamente, todos ellos cabe reunirlos en los campamentos. Cada batallón tendrá, pues, treinta y seis carros, que llevarán las tiendas, los utensilios de cocina, las hachas y las estacas con punta de hierro, en cantidad suficiente para formar los campamentos y además cuanto pueden acarrear, sin ir muy cargados.

*Cosme.*—No dudo que serán necesarios todos los jefes que ponéis en cada batallón; pero sospecho que tantos hombres con mando produzcan alguna confusión.

*Fabricio.*—Así sucedería si no dependieran todos de un solo jefe; pero esta dependencia establece el orden de tal modo, que, sin los mandos referidos, es imposible gobernar bien el batallón. Como un muro que por todas partes se inclina necesita mejor muchos y pequeños puntales, aunque no sean muy fuertes, que pocos y sólidos, porque el empuje de cualquiera de éstos no impide que, á corta distancia de él, se arruine el murallón, de igual manera conviene que en los ejércitos haya, para cada diez hombres, uno de más ánimo, de más

audacia ó de mayor autoridad; el cual con la palabra, la acción y el ejemplo, contenga á los demás y les aliente á combatir. La mejor prueba de ser esto tan necesario en el ejército, como los jefes, las banderas y las trompetas, es que existe en nuestras tropas, aunque no se saque partido de ello.

En primer lugar, para que los decuriones cumplan su deber es necesario tengan, como he dicho, cada cual sus diez soldados, siempre los mismos, con los cuales acampen, hagan las guardias y formen en filas; porque así son regla y medida para mantener la formación, impiden que se desordene y, si esto sucede, recobran pronto su puesto. Pero hoy sólo sirven para cobrar más sueldo que los demás y para algún servicio individual. Idéntica cosa sucede con las banderas, que se tienen más bien como lujosa ostentación en las revistas que para uso militar. En la antigüedad servían de guía y como señal para reorganizarse, pues cada cual, al ver dónde estaba la suya, sabiendo el sitio que con respecto á ella debía ocupar, acudía inmediatamente á su puesto. También sabía que, según estuviese la bandera parada ó en movimiento, así debía estar él quieto ó en marcha. Es indispensable que en un ejército haya varios cuerpos y que cada cuerpo tenga su bandera y sus guías, porque es el modo de darle movimiento y vida.

Los soldados deben, pues, seguir á la bandera y ésta moverse conforme á los toques de las trompetas, toques que, bien establecidos, sirven para ordenar todo el ejército; pues acomodando los soldados el paso al compás de los sonidos, conservan fácilmente la formación. Por ello en la antigüedad había en los ejércitos flautas, pífanos y otros instrumentos perfectamente modulados, pues así como el que baila va al compás de la música y, mientras lo sigue, no se equivoca, de igual modo un ejército, obedeciendo en sus movimientos al compás de

los toques, no se desordena. Además, en la antigüedad variaban los sonidos, según se quería enardecer, calmar ó detener la impetuosidad de los soldados. Como los modos de la música eran varios, variaban de nombres. El modo dórico inspiraba la constancia; el frigio, el furor; y se cuenta que, estando sentado á la mesa Alejandro y tocando una música en el modo frigio, se enardeció su ánimo hasta el punto de echar mano á las armas. Sería conveniente restablecer estas sonatas, y, si parece difícil, no descuidar aquellos toques que enseñan á obedecer al soldado; toques que cada cual puede determinar á su manera, con tal de que, por la práctica, se acostumbren los oídos de los soldados á conocerlos. Hoy la trompetería no produce otro fruto que el de hacer ruido.

*Cosme* —Desearía me explicarais, si habéis pensado en ello, cuál es la causa de que en nuestros tiempos haya tanta desidia, tanto desorden y tanta negligencia en los ejercicios militares.

*Fabricio*.—Os diré de buen grado lo que pienso. Sabéis que en Europa ha habido muchos militares famosos, pocos en África y menos en Asia. La causa de ello consiste en que en estas dos últimas partes del mundo sólo existieron una ó dos grandes monarquías y pocas repúblicas, mientras en Europa ha habido algún que otro reino y numerosas repúblicas. Los hombres llegan á ser excelentes y muestran sus preclaras dotes cuando los que gobiernan la nación á que pertenecen, sean repúblicas ó reyes, les ponen en el caso de probarlas; por consiguiente, donde hay muchos soberanos, hay muchos grandes hombres, y donde aquéllos son pocos, éstos también.

Son famosos en Asia: Nino, Cyro, Artaxerxes, Mitrídates y algunos otros, muy pocos, grandes generales. En Africa, prescindiendo de la antigüedad egipcia,

Massinissa, Jugurta y los capitanes que produjo la república cartaginesa, los que, comparados en número con los europeos, son poquísimos, pues en Europa los hombres famosos son innumerables, y aun lo serían más si á sus nombres se añadieran otros muchos que la injuria de los tiempos ha hecho olvidar. Esto nace de que en el mundo ha sido tanto más común el mérito cuanto mayor número de Estados, por necesidad ú otro humano interés, han alentado y favorecido la virtud.

Si en Asia aparecen tan pocos grandes hombres es porque casi toda ella formaba un Imperio que, por su enorme extensión, estaba casi siempre en paz y así era imposible que surgieran en él hombres capaces de grandes empresas. En África ocurre lo mismo, pues casi únicamente la república cartaginesa produjo algunos hombres ilustres, y esto á causa de que las repúblicas dan de sí más hombres famosos que los reinos, porque en ellas se honra el mérito y en éstos se teme; en aquéllas se alienta y en los reinos se ahoga.

Fijando la atención en Europa se verá que está llena de repúblicas y monarquías, temerosas unas de otras y obligadas por ello á mantener en vigor las instituciones militares y á honrar á los que en ellas adquieren fama. En Grecia, además del reino de Macedonia, había bastantes repúblicas y todas produjeron muchos grandes hombres. En Italia vivían los romanos, los samnitas, los etruscos, los galos cisalpinos; la Galia y la Germania estaban llenas de repúblicas y reyes; Iberia lo mismo, y si, en comparación con los romanos, son pocos los hombres ilustres de estas comarcas que se citan, es á causa de la parcialidad de los historiadores que, siervos de la fortuna, las más veces sólo elogian á los victoriosos. Pero no es razonable suponer que entre los samnitas y los etruscos, pueblos que durante ciento cincuenta años estuvieron en lucha con los romanos,

dejara de haber en tan largo plazo, y antes de ser vencidos, muchos hombres famosos. Otro tanto puede decirse de la Galia y de Iberia. Pero el mérito que los historiadores no celebran en los individuos, lo reconocen en los pueblos, cuya obstinación en la defensa de su libertad ensalzan hasta las estrellas.

Siendo, pues, indudable que el número de grandes hombres depende del número de Estados, la consecuencia es que conforme éstos se arruinan van disminuyendo los capitanes famosos, á medida que cesan las ocasiones de demostrar su mérito. El crecimiento del imperio romano, que acabó con todas las repúblicas y reinos de Europa y de Africa y la mayor parte de los de Asia, no dejó medio de probar el mérito más que en Roma, y de aquí que los grandes hombres empezaran á escasear lo mismo en Europa que en Asia y que la virtud llegara á extrema decadencia, pues reducida á Roma, al corromperse las costumbres en esta ciudad, la corrupción se extendió á casi todo el mundo, pudiendo entonces los pueblos de la Scitia arrasarse aquel Imperio que había extinguido el mérito de todos los demás, sin saber conservar el suyo.

La invasión de los bárbaros destrozó el Imperio dividiéndolo en muchas nacionalidades; pero la virtud militar no renació, primero porque no se restablecen fácilmente instituciones caídas en desuso, y además porque las nuevas costumbres, basadas en la religión cristiana, no imponen la necesidad de defenderse que antiguamente existía, cuando los vencidos en la guerra ó eran muertos ó quedaban en perpetua esclavitud, arrastrando miserable vida. Las ciudades vencidas ó eran arrasadas ó expulsados sus habitantes, dispersándose por todo el mundo y apoderándose el conquistador de sus bienes, de suerte que los vencidos quedaban en la última miseria. Amedrentados los hombres por

este temor, no olvidaban los ejercicios militares y honraban á los que en ellos sobresalían. Pero hoy el miedo casi ha desaparecido, porque, ni á los vencidos se les mata ni siquiera se les tiene largo tiempo prisioneros, pues con facilidad recobran la libertad. Las ciudades, aunque se hayan rebelado mil veces, no son arrasadas; los habitantes continúan gozando de sus bienes, de modo que el mayor mal que se teme es el pago de alguna contribución. Por esto nadie quiere someterse al rigor de la vida militar y á los constantes ejercicios que exige por evitar peligros que apenas se temen. Además, Europa está sometida á pocos soberanos en comparación de los que antes había, porque toda Francia obedece á un rey, toda España á otro, y la misma Italia no está muy dividida; de modo que los Estados débiles se defienden uniéndose al vencedor y los poderosos, por las razones expuestas, no temen una ruina completa.

*Cosme.*—Sin embargo, de veinticinco años á esta parte, muchas ciudades han sido saqueadas y se han perdido muchos reinos, ejemplos que deberían enseñar á vivir á los demás, restableciendo algunas de las instituciones antiguas.

*Fabricio.*—Cierto es lo que decís; pero recordad las ciudades que han sido saqueadas y veréis que no eran capitales de Estados, sino pueblos de segundo orden. Fué saqueada Tortona, pero no Milán; Capua, pero no Nápoles; Brescia, pero no Venecia; Ravena, pero no Roma, y tales ejemplos no hacen mudar de propósitos á quienes gobiernan, persistiendo en que pueden librarse de tales catástrofes mediante contribuciones pecuniarias, y de aquí que no quieran someterse á las molestias de los ejercicios militares, considerándolos en parte innecesarios y en parte cosa que no entienden. Los que ya han perdido la libertad, cuyo ejemplo debiera inspirar temor á los demás, carecen de poder para

remediar su infortunio. Así, pues, unos príncipes por haber perdido sus Estados y otros por ignorancia ó falta de voluntad, todos prescinden de las instituciones militares. Quieren que la fortuna les favorezca sin tomarse trabajo alguno; no tienen en cuenta que su indolencia es causa de que todo quede á la fortuna, y, en vez de dominarla, se dejan dominar de ella.

Como prueba citaré á Alemania, donde, por haber muchos reinos y repúblicas, hay mucha virtud militar, y cuanto bueno se encuentra en los actuales ejércitos procede del ejemplo de aquellos pueblos que, celosos de su independencia y temiendo la servidumbre (no temida en otros países), conservan su autoridad y la consideración que merecen. Creo que esto basta para explicar los motivos de la indiferencia que hoy inspira el arte militar, según mi opinión. No sé si estaréis conformes ó si os ocurre alguna duda.

*Cosme.*—Ninguna. Estoy completamente convencido. Lo único que deseo, volviendo al asunto principal, es saber cómo organizaríais la caballería, con cuántos capitanes y con qué armas.

*Fabricio.*—Acaso os parezca que había olvidado este punto. Si lo dejé para último lugar, es por dos razones que me obligan á hablar poco de él: una, que el nervio y la importancia de un ejército está en la infantería; otra, que la caballería actual es menos defectuosa que la infantería, y si no supera á la antigua, al menos la iguala. Por eso apenas he dicho nada del modo de ejercitarla.

Respecto á las armas, le daría las que hoy tiene, lo mismo á la caballería ligera que á los hombres de armas; pero quisiera que los primeros fuesen todos ballisteros y mezclarles algunos arcabuceros, pues si éstos, en la generalidad de las operaciones de guerra, son poco útiles, en cambio para asustar á los paisanos y echarles de cualquier paso que guarden son utilísimos,

hasta el punto de valer más un arcabucero que veinte soldados con otras armas.

En cuanto al número, siguiendo la imitación de la milicia romana, tendría trescientos caballos efectivos para cada batallón, divididos en ciento cincuenta hombres de armas y otros tantos caballos ligeros, dando á cada uno de estos cuerpos un jefe, quince decuriones, bandera y trompetas. Cada diez hombres de armas tendrían cinco furgones y cada diez caballos ligeros dos, donde, como en los de la infantería, fueran las tiendas, las vasijas, las hachas, las estacas y cuanto más bagaje cupiese. No creáis que lo que propongo sea una gran novedad, á causa de que actualmente cada hombre de armas lleva consigo cuatro jinetes, porque esto es una corruptela. En Alemania los hombres de armas van solos con sus caballos y cada veinte tienen un furgón que les transporta las cosas más necesarias. Los soldados de caballería romanos también iban solos, aunque inmediatos á la caballería estaban siempre los triarios, obligados á ayudarles en el cuidado de los caballos, cosa que podría imitarse hoy, como demostraremos al hablar de los campamentos.

Lo que practicaron los romanos y practican ahora los tudescos también debiéramos hacerlo, y, si prescindimos de ello, es con manifiesto error.

Estos dos cuerpos de caballería que forman parte de la brigada podrán reunirse algunas veces con los batallones de la misma y practicar juntos varias maniobras, más bien para conocerse que por verdadera necesidad.

Dicho ya lo necesario respecto á la organización y ejercicio de las fuerzas militares, pasemos á explicar cómo se forma un ejército para poder presentar batalla al enemigo con esperanza de vencerlo, objeto principal de la organización de la milicia y de los estudios y cuidados que ésta exige.